

EDITORIAL

La Universidad Don Bosco está cumpliendo sus primeros veinte años. En ocasiones como éstas surgen siempre, además de sentimientos de gratitud hacia todos los que han hecho posible este andar, interrogantes que tienen que ver con nuestro rol en la sociedad y con nuestro papel frente a la realidad. No se trata de preguntas que se plantean por primera vez —esas interrogantes nacieron con la universidad misma y la han acompañado desde sus orígenes— sino de preguntas que, debido a los tiempos que vivimos, exigen nuevas respuestas.

De la universidad hemos dicho, repetidamente, que tiene una función social, que es una instancia social junto a otras, que debe desarrollar una proyección social vinculada a la investigación y a la docencia, que está atenta a las demandas sociales, que tiene una ubicación geográfica socialmente significativa, que educa para la participación responsable en la vida social, que quiere incidir en la zona de influencia. Hemos dicho que en la Universidad nos sentimos interpelados por la realidad, que entendemos la educación como un instrumento para el cambio social, que somos sensibles sobre todo a la condición de los jóvenes pobres, que buscamos una transformación social que se realice en consonancia con el Reino de Dios.

Creemos que la respuesta a la pregunta por el rol social de la Universidad y por su forma de acercamiento a la realidad tiene que ver con su tarea en la creación y recreación de la cultura mediante la educación.

Por supuesto que no se trata de la cultura reducida a folclore y costumbres. La cultura apunta prioritariamente al esfuerzo por transformar la realidad en que vivimos; tiene que ver con recrear esa realidad y con proponer soluciones a los problemas agudos que enfrentan los seres humanos concretos. La apuesta por la cultura exige que nos preguntemos críticamente por las realidades inhumanas que muchos pretenden canonizar, y que desvelemos los intereses en los que se apoya dicha canonización.

Desde esta perspectiva, la preocupación por la cultura implica, entre otras cosas, cuestionar el modo irremediable cómo se nos ha presentado el fenómeno globalizador. Es muy sospechoso que se tilde de inocente e ingenuo —incluso rebelde— a todo aquel que se opone, responsablemente, a este fenómeno. Es

sospechoso, porque lo que en el fondo se pretende es que se acepte sin cuestionamiento alguno una estrategia de globalización ceñida a los intereses económicos de unos pocos. Es sospechoso que se nos obligue a aceptar sin reclamos lo irracional de lo racional: las consecuencias irracionales (escandalosas desigualdades, crisis del medio ambiente, migraciones forzadas) del racional cálculo del mercado. Es sospechoso que se nos diga que la teoría del rebalse implica siempre efectos favorables, cuando en realidad la “mano invisible” sigue produciendo escenarios de miseria. Se busca que nadie se pregunte si de verdad la actual estrategia de globalización nos beneficia o no, si de verdad nos va sacar de los numerosos problemas que tenemos planteados o no; se busca que nadie se pregunte sobre quiénes son realmente los beneficiados.

El filósofo inglés John Locke afirmaba que quien no aceptara el sistema propietario de acumulación de capital estaba en guerra contra ese sistema. Por lo tanto, podría declarársele una guerra justa y ser destruido en nombre de la defensa de los derechos humanos. De esa manera se justificó la esclavitud de los negros y el asesinato de los indígenas de América: no eran propietarios, no jugaban el juego de la acumulación de capital; luego, eran enemigos. En nombre de la libertad y de la igualdad de los seres humanos podían ser sometidos y eliminados. Esa es la misma lógica que guía hoy a los países más poderosos del planeta, como garantes a nivel mundial de la globalización económica: quien se opone puede ser aplastado en nombre de la libertad, de la democracia, de los derechos humanos.

La globalización económica no admite cuestionamientos, quien no está a favor es enemigo del sistema. Se presenta como un hecho absoluto e incuestionable. Más aún, se presenta como algo natural que, por eso mismo, no puede ser transformado por el ser humano. Todo rechazo a la globalización es interpretado como una acción contra la naturaleza humana misma. De esta manera, la globalización se ha puesto por encima de los demás efectos de la mundialización.

Constatamos, cotidianamente, que esa globalización interrelaciona velozmente a personas, grupos, empresas, naciones. La globalización está permitiendo el establecimiento de tratados de libre comercio y la movilización de inmensos capitales. Las grandes burocracias privadas están asumiendo un rol decisivo en la vida de las países, mientras que los gobiernos son reducidos a garantes del libre mercado. Nos preguntamos, sin embargo, si esta facilidad en las comunicaciones y en la movilidad del capital nos pone en el camino correcto para solucionar los agudos problemas que tienen 1,500 millones de seres humanos que viven con un dólar al día. Parece

que no. La desigualdad aumenta cada día más. Preguntarse por la realidad, por los grandes problemas que nos plantea la actual estrategia de globalización, distinguir entre esa estrategia y la mundialización, y desideologizar esa realidad es una tarea eminentemente cultural. En este sentido decimos que el rol social de la Universidad tiene que ver con su tarea de crear y recrear la cultura.

¿Cómo realiza su labor cultural la Universidad? Hemos dicho, repetidamente, que la Universidad lo hace “universitariamente”, y aunque suene tautológico y obvio, conviene recalcarlo. El rol social y el acercamiento a la realidad por parte de la Universidad difiere del rol social y de la forma de acercamiento a la realidad de un partido político, de una ONG, de una iglesia, de un ministerio público.

Para nosotros, “universitariamente” tiene que ver con la mediación educativa. En la Universidad creemos que la educación es la mediación privilegiada a través de la cual asumimos nuestro rol social. Creemos que existe una relación estrecha entre educación y desarrollo, de tal manera que a mayor inversión en educación corresponde una mayor posibilidad de desarrollo social y humano; a mayor cobertura educativa, mayores posibilidades de superar la desigualdad social que nos agobia. Precisamente por eso vemos con preocupación que El Salvador sea uno de los dos países con menores tasas de matrícula escolar en América, que nuestra escolaridad promedio sea apenas quinto grado, y que nuestra sobreedad escolar sea la más alta del continente. Sin embargo, sabemos que no se trata sólo de cantidad de dinero invertido, ni siquiera de cobertura. Frente a la educación, no podemos ser ingenuos: no toda educación contribuye al cambio social. Mediante la educación muchos pretenden mantener las cosas como están. La políticas educativas de muchos países de Latinoamérica han estado orientadas a formar hombres y mujeres políticamente pasivos y económicamente productivos, sumisos, sin actitud crítica: hombres y mujeres aptos para el mercado y para la maquila. Y es que la sociedad es vista precisamente así: como un gran mercado, un gran libre mercado. Y la educación ha sido vista por muchos como una oportunidad para preparar el “capital humano” necesario para fortalecer la competitividad nacional.

Como Universidad, creemos que la educación es una mediación adecuada para acercarnos a la realidad, para dejarnos interpelar por ella, para incidir en ella transformándola, para expresar nuestra parcialidad a favor de los excluidos de la sociedad y de las víctimas del mercado, para despertar la creatividad en la búsqueda de soluciones a los graves problemas de las comunidades, para desenmascarar los mecanismos perversos de la actual estrategia globalizadora, para formar en la dimensión ética

de la actividad humana en todos los campos: económico, científico, técnico, político; en fin, para formar hombres y mujeres comprometidos en la construcción de una sociedad más justa e igualitaria.

La universidad no puede, por lo tanto, dedicarse a transmitir un saber puro y neutro. En educación no vale ninguna de las dos cosas: ni transmisión, ni saberes puros y neutros. Educar es acompañar el desarrollo integral de las personas, incluida su dimensión social y política. Por eso la educación debe contribuir a conocer la realidad, a acoger sus demandas, a explicar esa realidad, a denunciar lo que en ella aparece como amenaza a la vida, a crear alternativas de humanización.

La Universidad busca, en última instancia, contribuir a la transformación de la realidad nacional. Esta realidad es una realidad estructural; luego, la universidad debe contribuir a la transformación de las estructuras que constituyen la sociedad. Esa contribución de la universidad, sin embargo, no se realiza prioritariamente a través de una acción directa sobre la sociedad —como corresponde a otras instancias sociales— sino a través de una mediación educativa que crea y recrea la cultura.

Ligado al tema de la educación está el de la calidad educativa. Se habla mucho de ella, pero cada uno la entiende de acuerdo a sus propios intereses. Así, mientras para unos la calidad de la educación se mide por la cantidad de tecnología de punta puesta al servicio de los procesos educativos, para otros la calidad educativa coincide fundamentalmente con la excelencia académica; para otros, en cambio, la capacidad de inserción en el mundo competitivo es el parámetro fundamental de la calidad. Hay también quienes relacionan la calidad educativa con la eficiencia de los procesos o con los sistemas de acreditación nacionales o internacionales.

No es este el espacio para definir la calidad educativa, que para la Universidad Don Bosco está vinculada a una propuesta educativa integral. Simplemente queremos señalar que, para nosotros, uno de los indicadores fundamentales de la calidad educativa es nuestra capacidad de incidir en la zona, creando, mediante la educación, condiciones más humanas de vida para todos. La opción por Soyapango ha sido y sigue siendo una opción social de la Universidad. Esto significa, necesariamente, que la Universidad Don Bosco tuvo como horizonte, desde sus inicios, la situación en la que viven los pobladores de esta zona. Es evidente que, desde esta opción, la Universidad buscó asumir en toda su radicalidad la conflictividad social de la zona, poniéndose del lado de aquéllos que son doblemente excluidos: por ser jóvenes y por no encontrar soluciones efectivas a sus múltiples problemas.

A veinte años de la fundación de la Universidad, esa opción por Soyapango adquiere una nueva dimensión. Soyapango no es sólo el lugar en el que está ubicada la Universidad, no es sólo su referente inmediato. Soyapango es, sobre todo, el lugar desde el que vemos la realidad nacional y mundial —no es lo mismo ver la realidad desde otros sitios—. Soyapango nos dice cómo está el país y cómo está el mundo. Nos revela las demandas sociales de los más desfavorecidos, nos habla de la compleja problemática que vive el país y el mundo. Es nuestra entrada al mundo. Es, por lo tanto, el lugar de nuestra mundialización. Soyapango nos dice qué significa educar y recrear la cultura, y nos señala los parámetros de nuestra calidad educativa.